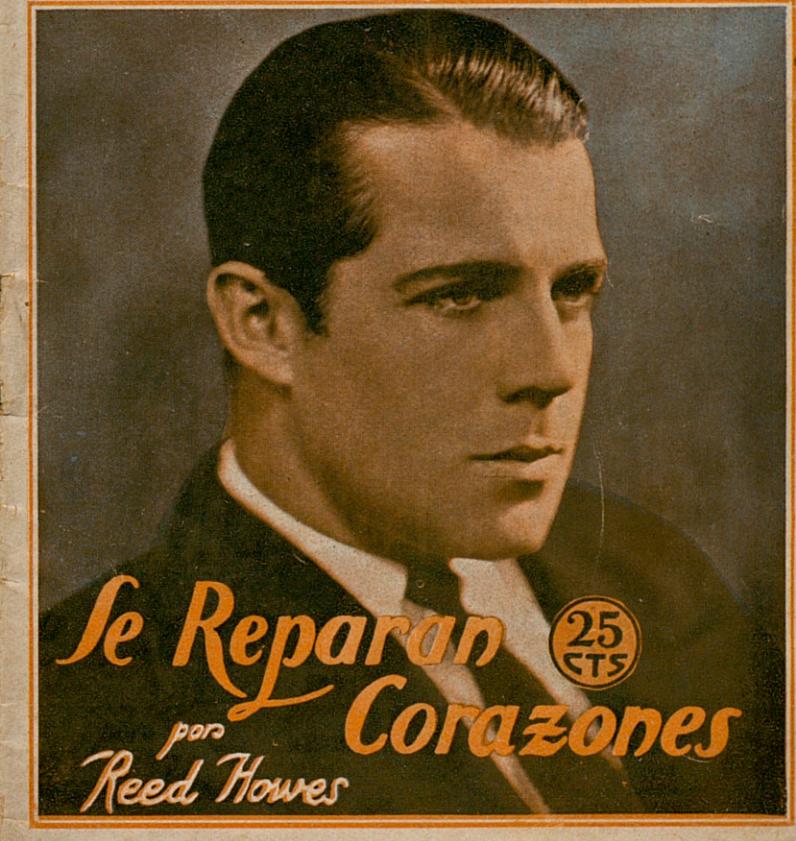


# PELICULAS

Novela Semanal



# PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 33 :: 25 CTS.

Adaptación literaria de la película  
de costumbres americanas

## Se Reparan Corazones

*ROMANTIC ROGUE*  
1927

Estupendamente interpretada por el gran actor-atleta  
REED HOWES y la deliciosa ingenua ENA GRE-  
GORI, obra basada en una comedia original del  
escritor yanqui Henry Roberts

**EXCLUSIVAS PROCINE, S. A.**

CLARIS, 71 :: BARCELONA

**PUBLICACIONES MUNDIAL**

**APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA**

=====

Lector: Si eres partidario de las invenciones, te rogamos nos sigas hasta el despacho del joven Carlos Lawson, protagonista de esta sencilla historia de amor y aventuras.

Franquea con nosotros el umbral y observa los tres retratos que figuran alineados en las paredes. Corresponden a tres personajes que han dejado huellas indelebles en la historia de la Humanidad.

El primero, personaje de luengas barbas y aspecto feroz, cuyo rostro parece congestionado, con una mueca de ira perenne, surcada de arrugas su pilosa faz, corresponde al temebundo general Segismundo Lawson. Detrás de su nombre, méritos y condición, vemos unas palabras que dicen: «Muerto de un ataque cardíaco».

El segundo retrato, corresponde a un hombre delgado, de aspecto risueño, ojos de color de acero, vivos y penetrantes. El retratista había tenido la ocurrencia de pintarlo como si mirara al infinito, y su mirada, eternamente fija sobre la pared frontera, daba la impresión de que quería taladrarla, para ver lo que sucedía en la calle. También llevaba debajo su escrito a modo de epitafio, y por él nos enteramos de que era la efigie de Teófilo Lawson,

locuaz abogado, muerto también de una afección cardíaca.

En el fondo del despacho, como presidiendo la reunión, figuraba la efigie de un hombre completamente afeitado, de ancho torso, cuello como de toro, de mirar duro, labios sensuales y cara redonda, semejante a un queso de Holanda, por los colorados rosetones de las mejillas. En la parte inferior del marco, rezaba la siguiente inscripción: «Abdulio Lawson, inventor del famoso «Compuesto Lawson», muerto de una indigestión».

En este instante, fijamos nuestra atención sobre las numerosas botellas alineadas simétricamente en los diversos armarios de la vasta estancia. Nos acercamos a las estanterías y contemplamos la etiqueta de una de ellas, que transcribimos íntegramente al lector:

*«Compuesto vegetal-mineral y sanguíneo de Lawson.»*

«El medicamento ideal para tratar y curar las afecciones del corazón, sean de la índole que fueren. Si no se muriera más que de ataques cardíacos, podría decirse que el «Compuesto Lawson» había acabado con la muerte.

«Ofrecemos diez mil dólares de premio a quién nos demuestre que después de haber tomado tres frascos del «Compuesto Lawson», no ha sentido regularizado por completo su funcionamiento arterial. Al primer frasco cesan todos los dolores; con el segundo desaparecen las agonías y angustias y el tercero dá la completa curación, por rebelde que sea el caso.»

He aquí por qué razón el retrato del buen

don Abdulio coronaba el testero principal del salón-despacho. Sus antepasados, y una prueba de ello la tenemos en los que llevamos descritos, hombres todos eminentísimos, esperanzas de la patria, habían sucumbido víctimas de la terrible afección cardíaca, herencia familiar, cuando precisamente los frutos de sus talentos preclaros se hallaban en plena madurez; en la época de dar sus frutos, sazonados tras infinitos años de estudio y fatiga.

Con Abdulio se rompía la tradición. Y no solamente no murió de una afección cardíaca, sino que en él, esta fundamental víscera del organismo, estaba tan robustecida a causa del específico de su invención que *continuó funcionando varias horas después de muerto*. Nosotros no podemos asegurar esta barbaridad, pero sí podemos decir que se hallaba consignada en los folletos de propaganda, y firmada por los doctores que asistieron al paciente en sus últimos instantes.

Pero, además de estas razones, había otra muy poderosa para que este insigne prócer, ocupara en la familia el puesto de honor. Los grandes personajes que le precedieron, no habían sabido hacer una fortuna. Abdulio, sin embargo, dejó una muy respetable cantidad de millares de dólares y además el específico famoso, que era una verdadera mina de oro.

El heredero de la mina en cuestión era Carlos Lawson, un joven de unos veinticuatro años, elegante, simpático y robusto cual un atleta, confiado a la tutela de sus dos tíos: Torcuato, doctor, e Isidoro, veterinario, quienes

tenían para él cuidados verdaderamente maternales.

Carlos, a quien a pesar de sus años continuaban llamando Carlitos, no tenía más ocupaciones que dejarse mimar. Sus tíos se encargaban de propagar el específico y de administrar sus bienes, y a juzgar por el esmero que ponían en reservarse para ellos la parte del león, nada hubiera tenido de particular que el día menos pensado hubiesen entregado su alma al diablo, víctimas de una de las indigestiones que se daban con el dinero que desaparecía entre sus manos.

El principal cuidado de sus tíos, consistía en que Carlitos no padeciera del corazón. La aparición de aquella afección cardíaca que había sido el constante azote de la familia, suponía nada menos que la ruina de todos ; el descrédito del famoso específico, y ésto había que evitarlo a toda costa.

Para ello no pasaba una sola mañana sin que el doctor y el veterinario tomaran la temperatura de su sobrino y la anotaran cuidadosamente en un cuaderno, donde, día por día, con la regularidad de un libro de caja, iban registrando las pulsaciones y el grado de temperatura del muchacho, a quién hacían llevar una vida de secuestro.

En el momento de conocer al joven, lo encontramos rodeado de sus tiernos administradores ; el doctor con un termómetro y el veterinario con un reloj. El primero contando escrupulosamente las décimas y el otro los segundos.

—¡Psh... una décima más que ayer a esta misma hora! — exclamó el médico.

—Setenta y ocho pulsaciones — exclamó a su vez el tío Isidoro—, las mismas que el día treinta y uno del mes pasado.

—Perdone, señor, era el día treinta, a las 10'45 — interrumpió Blas, el criado de Carlos.

—¡Bueno, señores... estas monsergas se han acabado ya!... ¡Mi corazón funciona perfectamente y no estoy dispuesto a continuar un día más siguiendo vuestras ridículas prescripciones!... ¡Tengo edad para disponer de mi persona y haré lo que me dé la real gana!

—¡Silencio, hijo mío!... ¡Por favor, nada de excitaciones! —clamó el doctor — ¡Tú no sabes cómo perjudica eso a tu salud y a tu fortuna. Piensa que los Lawson han muerto todos del corazón, menos tu padre ; piensa que debes cuidarte sobre todas las cosas!...

—¡Piense que ya estoy de estas latas hasta la coronilla!... Piense que un día me voy a enfadar de mala manera y no les arriendo la ganancia!...

El joven decía ésto dando grandes zancadas por la habitación, enfurecido de verdad. Sus tíos, que ya estaban acostumbrados a semejantes conatos de rebeldía, le dejaron que continuara sus lamentaciones y se pusieron a conversar, sin hacerle el menor caso.

—¿Creen ustedes que el tiempo autoriza la salida de Carlos? — preguntó el criado a don Torcuato.

Los dos doctores salieron entonces al balcón, consultaron el estado atmosférico y luego de haberse cambiado entre ambos una mirada sig-

nificativa, acompañada de un gesto de aprobación, habló el doctor :

—Hace una temperatura regularmente calurosa... no creo que pueda perjudicarle excesivamente...

—Debo advertir a ustedes que el señorito ha exhalado esta mañana tres gotas de sudor, a las 9'45.

—No es ninguna cosa importante, Blas — terció el veterinario—. Yo creo que por hoy podemos permitirle...

El doctor, en tono doctoral, naturalmente, se dirigió entonces a su sobrino y le habló de esta manera :

—No queremos mortificarte demasiado, Carlos... bien sabes lo mucho que te queremos y hasta qué punto velamos por tu salud e intereses... Puesto que tu tío Isidoro no encuentra inconveniente en que salgas yo te autorizo... Pero, ¡cuidado con las emociones! Mientras llega la hora del partido de Polo, Blas puede proporcionarte alguna distracción sencilla; algún pasatiempo que no ataque tu sistema nervioso.

Marcháronse los tíos después de estas advertencias y Carlos se quedó como quién dice en la antesala de la gloria. Su dicha hubiera sido completa de no haber tenido consigo al criado, que, por orden expresa de sus tíos, se encargaba de llevar un libro, donde anotaba hasta el número de suspiros que lanzaba al cabo del día.

Cumpliendo las órdenes recibidas, Blas, tomó una maquinita de vistas fijas y comenzó a pásárselas a su señorito, una a una. Habían pa-

sado ya unas veinte cuando, Carlos le obligó a que retuviera una placa más tiempo del ordinario. Extrañado el criado por aquel interés, miró la vista en cuestión y vió que se trataba de una ninfa, muy ligerita de ropa.



—¡Jesús..., éste es demasiado emocionante!... ¡Tome dos eucharadas del «Compuesto»!

Y quieras que no, le hizo ingurgitar las dos eucharaditas.

Entretanto, sus tíos, ultimaban los detalles de venta de la famosa fórmula con un farmacéutico que les había ofrecido por ella dos millones de dólares.

Las condiciones me parecen aceptables — decía el comprador —, y estoy dispuesto a cerrar

el trato dentro de diez días. Siempre, naturalmente, que a su sobrino no le ocurra ningún contratiempo durante estos días...

Entonces, otro señor que estaba de pie junto a ellos, intervino en la conversación :

—Yo, señores, ofrecía a ustedes mejores condiciones de parte de mi representado.

—No señor ; usted daba un millón y este señor ofrece hasta dos millones — repuso el doctor.

—En efecto ; pero yo pago el millón en el momento de firmar, ahora mismo si ustedes quieren, mientras que mi competidor pone ciertas condiciones, y si en el transcurso de este plazo le ocurriera una desgracia a su sobrino...

—¡Cómo si no estuviéramos nosotros para velar por él!... — gritó el veterinario de mal talante—. ¡Ahora, más que nunca, extremaremos nuestras precauciones.

—Piensen ustedes que la emoción podría serle fatal... A lo mejor puede enamorarse y en este caso, su corazón... En fin, yo creo que mi millón es para ustedes mejor que los dos de mi contrario. «Más vale pájaro en mano, que buitre volando», como dice el refrán.

—No creemos que nuestro sobrino sea capaz de cometer una tontería semejante. ¡Le funciona demasiado bien su corazón para que logre estropeárselo ninguna mujer ! ¿Verdad, Torcuato? Por lo demás procuraremos esquivar de su lado a las mujeres.

—¡De su lado y de todas partes ! — terció el doctor—. ¡Las espantaremos como las moscas !

Así las cosas, llegó la tarde, y con ella, el

partido de polo, tan soñado por Carlos. El joven seguía las jugadas con un interés que no parecía sino que en ellas le fuera su vida. Aficionado a los deportes por excelencia, de los que sus tíos no le dejaban gozar en modo alguno, sentía un loco entusiasmo por estas luchas, a las que de haber podido disponer de su voluntad, se habría dedicado en cuerpo y alma.

Poseído de ciego entusiasmo, de pié, junto a su auto, golpeaba la capota con sus puños de atleta, a cada mala jugada de sus favoritos, como si la dichosa capota tuviera la culpa de que no ganaran los suyos.

—¡Sobrino... por el amor de Dios !, no te excites de esa forma que te puede perjudicar... Anda, cálmate ; cierra los ojos y cuenta hasta diez, pausadamente.

Carlos con esa falta de voluntad hija de los muchos mimos y producto también de las innumerables admoniciones que al fin del día le propinaban, accedió cual tenía ya por costumbre ; contó hasta diez con los ojos cerrados y se tragó la consabida pastilla del «Compuesto» que debía tomar detrás de cada excitación.

No lejos de donde él se hallaba, encontrábese Bárbara Warrington, por cierto en compañía del postor que ofrecía un millón por el «Compuesto Lawson».

Bárbara era una joven de unos veinte años, hija única de uno de los industriales más ricos de la ciudad. Por su belleza y por sus millones, que con ser muchos no valían lo que sus numerosos encantos, Bárbara tenía siempre a su lado una turba de admiradores.

De pié sobre su lujoso coche, tirado por dos soberbios alazanes, Bárbara no perdía un punto de cuanto ocurría a su alrededor y no tardó en ver que a unos cuantos metros de donde ella se hallaba, había un joven, muy interesante por cierto; y le extrañó que de vez en cuando permaneciera con los ojos cerrados, lo mismo que si durmiera.

Al salir de uno de aquellos éxtasis, Carlitos miró hacia la muchacha y su corazón le dió un vuelco formidable. La cara de muñeca de aquella criatura acababa de producirle una de las impresiones más fuertes de su vida. Tan fuerte fué, que no pudo detener una exclamación:

—¡Dios mío qué emoción... debo contar por lo menos hasta doscientos! —dijo luego que se hubo repuesto un poco.

La verdad era que no había visto una cosa semejante en su vida. Y con la parsimonia de quién está convencido de que debe cumplir con una obligación, se puso a contar hasta doscientos y luego se tragó dos cucharaditas de su famosa poción.

Bárbara que tampoco cesaba de observarle, extrañada de que aquél muchacho todavía no le hubiera hecho la corte, preguntó a su acompañante:

—¿Quién es ese joven que parece tan simpático a pesar de que duerme de pie, como las cigüeñas?

Su acompañante satisfizo su curiosidad, encantado de poder ser útil a la joven.

—Es Carlitos Lawson, el famoso relojero de corazones. Si el suyo se estropea, con unos cuantos frašcos del famoso específico que le de-

jó su padre al morir, se lo pondrá él en marcha, con la misma regularidad que si se tratara del reloj de una catedral.

Rió Bárbara la ocurrencia de su amigo y desde aquel instante, su atención se repartió, la mitad entre las jugadas y la otra mitad en mirar el rostro de aquel simpático vecino de campo, que le parecía uno de los jóvenes más interesantes de la ciudad.

Carlitos que tampoco apartaba la vista de ella, tuvo de pronto uno de los sobresaltos mayores de su vida. ¡Aquéllo sí que era una emoción! Para que lo sepas, vamos a calmar también la tuya, caro lector.

Ocurrió que en una de las jugadas, la bola, disparada con fuerza por uno de los jugadores, fué a dar al morro de uno de los caballos de Bárbara. El pobre animal, espantado por lo vivo del dolor, comenzó a encabritarse y a querer huir. No tardó el compañero de tronco en espantarse tanto o más que el lesionado, por esa especie de solidaridad que existe entre las bestias ante el miedo, y ambos emprendieron una carrera desesperada a través del campo, cuyas vallas saltaron cual si hubiesen llevado alas.

El hecho fué tan rápido que nadie pudo impedirlo, ni mucho menos salir en socorro de la infeliz. Bárbara, agarrada a la capota, demandaba socorro a voz en grito, presa de espanto sin límites.

Carlitos, valiente y decidido, tomó uno de los caballos que guardaban de refresco, por si alguno de los que jugaba se lesionaba y de un salto se colocó sobre la silla, emprendiendo una

carrera tan veloz que parecía marchar a impulso del viento. El pobre bruto, espoleado sin cesar, volaba más que corría y no tardó en ponerse a la par del tronco desbocado.

Lo demás, para Carlitos, fué como suele decirse, cuestión de coser y cantar. De un salto se pasó a uno de los caballos desbocados; agarró las riendas con sus robustos brazos de atleta y en menos que cuesta el decirlo, los redujo a la obediencia.

La entrada de Carlitos en el campo, fué triunfal. Una ovación estruendosa, unánime, de todos cuantos se encontraban presenciando el partido, premió su soberbia hazaña. Pero más importancia que aquel popular entusiasmo tenía para él otra felicitación: la de Bárbara, que le oprimió fuertemente las manos con las suyas, menuditas y bien cuidadas, al par que le envolvía en una sonrisa de inmensa gratitud.

—Le estoy reconocidísima, joven. ¡Es usted un verdadero héroe!

—Esto no tiene importancia, señorita; igualmente se habría usted salvado sin mi concurso, pero si he de ser sincero, debo decirle que estoy contentísimo de haber sido su salvador. Me habría dolido muchísimo que se me hubiese adelantado cualquier otro.

—Y yo habría creído que podían salvarme todos menos usted — repuso ella con acento burlón.

Y como Carlos hiciera un gesto de extrañeza, Bárbara concluyó:

—¡Figúrese!... ¿Cómo iba yo a imaginarme que podía salvarme un muchacho que siempre parecía dormido?

Aquélllo demostró a Carlos que la joven se había fijado en su persona más de lo corriente. Así es, que, animado por sus propias palabras, se atrevió a preguntar:

—¿Su nombre, señorita?



—Me llamo Bárbara, caballero; pero si quiere ser amigo mío, le suplico que no me llame de esta manera..., llámeme cómo me llaman en mi casa: Lili.

—¡Lili..., usted se merecería otro nombre mucho más bonito!... ¡Lili es nombre de perra, señorita! — se atrevió a musitar con cierto disgusto —. La verdad es que el cambio de nombre, y perdón mi ruda franqueza, no le hace a usted ningún beneficio.

—En cambio el de usted es muy interesante : Carlos. Es nombre de rey.

—¿Y cómo sabía usted mi nombre? — repuso él en el colmo de la extrañeza.

—Y sé también que tiene usted una mano especial para reparar corazones — concluyó ella riendo de manera picaresca y volviéndose a su sitio.

Los tíos que habían tenido ocasión de ver todo lo sucedido e incluso habían podido oír algunas de las palabras por ellos pronunciadas, apenas su sobrino se separó de Bárbara, cogieron a éste y lo llevaron precipitadamente a su casa.

Aquélllo era lo peor..., lo más terrible que podía ocurrirle a su sobrino. Si llegaba a enamorarse, si su corazón enfermaba ! Al diablo la operación que les hacía entrar de golpe y porrazo por la puerta grande de los millonarios ! ¡Aquello no debía ser y no sería ! Por encima de las tonterías de la juventud estaba su experiencia, sus consejos...

Carlos les dejaba que se despacharan a su gusto y pacientemente, con la sonrisa en los labios, se tragaba cuantas cucharadas de «Compuesto» le iban suministrando. En el transcurso de la tarde, le hicieron engullir cerca de dos frascos. Menos mal que el medicamento no era ni bueno ni malo para el organismo. Sin embargo, contenía cierta cantidad de un alcaloide y Carlitos, a fuerza de ingerir tantas cucharadas, al llegar la noche, se sintió invadido por un sopor invencible y se entregó en brazos de Morfeo, con la tranquilidad de quién se siente completamente feliz. Tan plácidamente dormía,

que su tío, el doctor, no pudo menos de exclamar :

—¡Qué tranquilo duerme uno cuando no tiene ninguna mujer en su camino ! Creo que las cucharadas que le hemos dado, lo han puesto completamente a salvo de las asechanzas de esa mujer.

Tranquilos y satisfechos, se retiraron también a descansar. ¡Bien se lo habían ganado, después de aquella tarde de emociones !

En alas del sueño, Carlos se remontó a las regiones de la fantasía. Soñó que raptaba a Lili y que ambos partían hacia una isla encantadora ; hacia un paraíso, escondido en una isla perdida de los mares del sur, donde la primavera era eterna. Pero ni aun en el mismo paraíso le era permitido disfrutar de su felicidad. Hasta aquel rincón del mundo, donde la lluvia del maná aseguraba a sus habitantes la subsistencia, permitiéndoles entregarse al «dolce far niente», habían venido a perseguirle sus avaros tíos.

Pero él, que no estaba dispuesto a dejarse arrebatar su dicha, tomaba un arma y sin remordimientos de conciencia, los sacaba del mundo de los vivos de dos certeros disparos ; y a partir de aquel instante, sin sombra alguna que empañara el horizonte de su vida, Carlitos comenzó a ser el más feliz de los mortales.

Mientras el joven volaba en alas de la ilusión, el primer comprador telefoneaba a todos los diarios, entre ellos al «Daily News», el periódico más importante de la ciudad, para juzgarle una mala partida a su competidor y des-

acreditar el «Compuesto Lawson» que luego compraría por la cuarta parte de lo que en un principio había ofrecido.

Y acto seguido, se fué a ver al que había ofrecido los dos millones, diciéndole que su dinero estaba tan seguro como si lo hubiese colocado en el alero de un tejado.

—Debe usted anular la operación, o de lo contrario va a la ruina.

—Lo siento, señor mío, pero hoy mismo he entregado medio millón a cuenta y no puedo volverme atrás.

—¡Pues ha cometido usted una torpeza!... Carlos está delicado del corazón... Si durante estos días se muriera el hijo del famoso inventor del compuesto...

—¡Si he pagado tan fabulosa suma por la fórmula, es porque estoy seguro de sus resultados y le ruego que haga el favor de no venir a darme consejos que no necesito!

Ante esta última respuesta, tan categórica, el primer comprador se vió obligado a abandonar el terreno, pero juró que no se quedaría sin el dichoso medicamento, aun cuando para ello tuviera que remover el cielo y la tierra.

Al día siguiente, Carlitos se levantó con un apetito de todos los demonios, Al salir al comedor, se encontró con Blas. Este se apresuró a traerle el desayuno que le habían indicado los doctores la noche anterior.

—Te has equivocado, Blas... — dijo el joven con visible enojo — ; ésto es el desayuno del canario...

—¿Cómo está nuestro «pobre enfermo»? —

dijo en aquel instante uno de los doctores, que venía a hacer su visita cotidiana.

—¡Qué «pobre enfermo» ni qué niño muerto!... ¡Aquí no hay más que un hombre a quién vais a matar de inanición! — gritó el joven asperado, mostrando la ridiculez de su desayuno.

—Bueno, hombre, bueno; no te pongas tan furioso, que no es bueno para tu salud..., que te den un poco de piel de pollo — concluyó el doctor marchando hacia el despacho, donde le aguardaba una visita.

Y mientras el doctor recibía a uno de los redactores del «Daily News», Carlos se hacía dorar un estupendo par de pollos, de los que no dejó ni los huesos. ¡Era el mejor medio para no desperdiciar ni un átomo de piel!

—Parece ser — exclamó el periodista al enfrentarse con el doctor — que mientras ustedes anuncian a bombo y platillo las excelencias de su «Compuesto» su sobrino se está muriendo de una afección cardíaca.

—¡Eso es una impostura!... ¡Existiendo el «Compuesto Lawson» no puede haber nadie que padezca del corazón!... ¡Dígalo usted en su periódico y en todas partes!

—No puedo darme por satisfecho ínterin no lo compruebe por mis propios ojos... Y por otra parte debo decirle, que si no me permite ver a Carlos, lo publicaré en mi diario, con lo cual, la gente, comprenderá que es cierta la noticia y el medicamento quedará desacreditado para siempre.

—Pero, usted no puede ver el corazón de mi sobrino!... ¡No es cosa que le podamos en-

señar como quién muestra un brillante!... En fin, de todas formas, venga usted mañana, a las tres de la tarde, y mi sobrino le concederá una interviú.

Durante toda la mañana, los doctores se exprimieron la cabeza para que los periodistas que concurrieran al día siguiente vieran en su sobrino un modelo de fortaleza y resistencia.

Después de mucho cavilar, el veterinario dió con el procedimiento.

—¡Eureka... eureka... ¡Ya sé lo que tenemos que hacer! Vamos a convertir su habitación en un verdadero gimnasio. Esto les convencerá de que el corazón de nuestro sobrino marcha con más fuerza que una locomotora.

Dos millones de dólares en equilibrio no era como para andarse por las ramas. Aquella misma tarde comenzaron a traer infinidad de artefactos gimnásticos, que fueron colocados con la máxima rapidez, y al día siguiente por la mañana, quedó concluída la instalación.

A las tres de la tarde, en punto, se oyó la voz de Blas, que con acento campanudo, anunció:

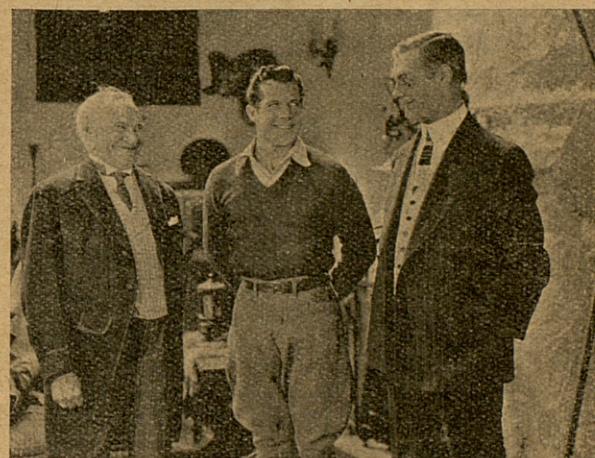
—¡Los reporteros!

Ni que hubiera tenido que anunciar a los embajadores del Emperador de la China (cuando la China tenía Emperador), se hubiese dado el criado más importancia.

Entraron los reporteros con paso acelerado, provisto cada uno de sus respectivas cuartillas y la pluma correspondiente. Carlos experimentó la enorme sorpresa de verse con su adorada Bárbara, a quién, no obstante el ajetreo de

aquellos dos días, no había podido separar un minuto de su imaginación.

—He venido en calidad de redactora de «El Telegraph». A mi diario, le interesa mucho la salud del hijo del inventor de tan célebre receta.



Esto era una mentira grandísima. Lilí no era redactora de ningún rotativo, pero como a las hijas de los millonarios es difícil negarles nada, en el citado diario le permitieron que fuera a tomar aquella interviú, lo mismo que si les hubiera dicho que quería hacerse auxiliar del chico encargado de limpiar las máquinas.

La llegada de la niña, que en un principio

alegró a Carlos más de lo que él mismo se figuraba, comenzó a ser bien pronto un motivo de fastidio. Dábase el caso de que sus tíos, previsores ante todo, no habían olvidado encargar copas y medallas, en cantidad suficiente para dejar obscurécido a cualquier campeón olímpico. Estas copas y medallas, distribuidas con acierto por las paredes del aposento, de manera que era imposible penetrar sin verlas, llamaron bien pronto la atención de la muchacha.

A otro periodista, Carlitos, le habría contado una interminable serie de mentiras, pero a su adorada, se le hacía un cargo de conciencia y pasaba las de San Quintín.

—Luego, luego... Cuando vengan los demás periodistas le explicaré a usted donde gané esta copa. Así no tendré que hablar más que una vez y mientras tanto... podemos hablar de nosotros..., de usted..., de mí, que la adoro con toda mi alma y no sé como decírselo...

—Pues no se torture mucho la cabeza, que al final, creo que acertará a decírmelo — exclamó ella riendo. Y desde aquel momento, *el entrevistado y la entrevistadora*, se perdieron sin que ninguno de los periodistas pudiera decir a ciencia cierta por donde había escapado.

Cuando ya estuvieron todos los periodistas, llegaron los tíos y no tardaron en dar con el sobrino, muy amartelado con su adorada en una habitación contigua.

—Les presentamos a nuestro sobrino que goza de una salud a prueba de bomba... ¡Ahora mismo van ustedes a ver una de sus demo-

traciones gimnásticas; algo de lo que hace todos los días y a todas las horas!

Carlos se despojó de su frac y se quedó tan sólo con el «maillot», que ya llevaba puesto, a prevención. Tan pronto se halló desnudo, comenzó a trepar por escaleras; a mover pesas; saltar; hacer cabriolas; trepar por unos mástiles de barco, elevadísimos, colocados en el jardín y, en fin, hizo tales proezas que uno de los periodistas se vió obligado a exclamar:

—La demostración gimnástica nos ha demostrado que su sobrino es un verdadero atleta, lo cual ya es un indicio de que su corazón no funciona mal, pero nos han dicho que las emociones fuertes le ponen a morir.

—¿Qué entienden ustedes por emociones? — gruñó el veterinario.

—Las que se desprenden de los ejercicios verdaderamente arriesgados. Podría ejecutar algunos en presencia nuestra, y ésto acabaría por convencernos.

—¿Carlos? ¿Consentirá usted en que estos señores duden de su audacia? — dijo en aquel instante Lili que a toda costa deseaba demostrar que su elegido era el hombre más valiente del orbe.

—¡De ninguna manera! El viernes, a las ocho, quedan ustedes citados delante del despacho del comprador de la fórmula y me verán escalar la casa.

—¡Es usted mi héroe! — gritó Lili abrazándolo ante todos, sin poderse contener.

—¡Y usted la ilusión de mi vida!... ¡La mujer que ya amaba antes de conocer y que des-

pués de conocida no puedo apartar un solo segundo de mi corazón !

Aquéllo se iba poniendo muy malo y los periodistas decidieron tomar las de Villadiego, comentando empero la hazaña que el joven se proponía realizar, y sobre la cual debían guardar el más absoluto secreto, por orden de los tíos del muchacho, hasta tanto la proeza no se llevara a cabo.

—Que se proponga escalar la fachada, pase, pero que se enamore... ¡Eso no se le ocurre a nadie que tenga dos dedos de sentido común ! — murmuró el doctor dirigiéndose al veterinario.

El veterinario intervino también a su vez :

—Esto de escalar la fachada es un disparate. Si se cae al suelo y se mata, la Prensa asegurará que ha sido porque en el momento emocionante le ha fallado el corazón y todo nuestro negocio se viene al suelo... Hay que evitar esta desgracia.

En aquel instante se oyó a Blas que discutía acaloradamente con alguien :

—Le digo a usted que se han acabado las horas de visita — decía el criado.

—Y yo le digo que necesito ver al médico o al veterinario al instante. Mi hijo se ha puesto enfermo de la viruela y es necesario que lo visiten en seguida.

—Ese animal — exclamó el doctor que conoció a su cliente por la voz—nos ha venido a dar, sin saberlo, la idea luminosa... Podríamos declarar a Carlos enfermo de viruela. Así estaría la casa aislada durante cuarenta días y

no podría consumar la barbaridad que trata de hacer.

Puestos de acuerdo sobre los trámites que debía cumplir para declarar el caso con todas las formalidades debidas, llamaron al comprador de la fórmula y le expusieron el caso.

—Estoy absolutamente conforme con ustedes. De salir bien, hubiese sido para mí un reclamo fabuloso, pero si sale mal, voy a la ruina. Prefiero que no le dejen salir.

Pocas horas después Carlos quedaba recluido en su casa y en la puerta de la misma figuraba un rótulo que cuantos lo leían tomaban el buen acuerdo de marchar por la acera contraria... ¡Por lo que pudiera ser !

Cuando Carlitos se enteró del secuestro de que sus tíos le hacían objeto puso el grito en el cielo pero éstos, quieras que no, le obligaron a obedecer.

Entonces el joven, tomó el teléfono y explicó a su adorada cuanto acababan de hacer sus tíos.

—Vistete de hermana de la caridad ; de enfermera, de lo que sea, pero ven y tráeme un disfraz para que yo pueda escabullirme de aquí. Tengo un policía en la puerta que en cuanto saco la punta de la nariz, me amenaza con el revólver... Además, por la parte de atrás del jardín, también hay centinelas, de modo que como no me ayudes, no podré salir, ni cumplir la promesa que hice a los reporteros.

Lili, que tenía aún más interés que su novio en que éste «epatara» a todos los jóvenes de la localidad, se vistió de enfermera y penetró en la casa de su amado. Envuelto entre unos

paños, con la insignia de la Cruz Roja, llevaba el disfraz necesario.

—Lo siento, señorita, pero en esta casa no se puede entrar — le dijo el policía al ver que trataba de franquear el umbral.

—Yo soy la enfermera que viene a asistir al atacado. Creo que puedo entrar perfectamente.

—Esta señorita — exclamó el policía — hablando desde lejos con los tíos de Carlos, vigilará al enfermo, mientras llega el médico de turno que los inspeccionará a todos ustedes.

—Pasen a la habitación contigua y comienzan a desnudarse interín se presenta la inspección médica — ordenó Lilí a los viejos doctores —, que poseídos de loca alegría por lo bien que marchaban sus planes, ni siquiera se fijaron en la cara de la joven.

El comprador que ofrecía un millón de dólares, al saber que Carlos estaba atacado de viruela, se fué a recorrer los periódicos, asegurando que aquello era mentira y que lo hacía para evitarse el cumplir lo prometido.

—¡Ya ven ustedes... la viruela!... ¡Está más bueno y más sano que yo! — Esto es una añagaza para reirse de ustedes! Le da miedo subir, porque en cuanto tiene la menor emoción, se queda desmayado y se rompería la cabeza; seguro.

Carlos se puso el disfraz que le había llevado su adorada: un traje negro de levita, completamente doctoral, y una barba postiza que le descansaba muy cómodamente en la mitad del pecho.

Una vez se hubo puesto el disfraz en cuestión, pasó a la habitación, donde estaban sus

tíos, los llevó al vestíbulo y comenzó a inspeccionarlos con todo detenimiento.

—¡A ver... diez minutos sin respirar! — ordenó con voz ronca, completamente desfigurada.

Los tíos mantuvieron la respiración mientras



les fué posible, pero al final, casi morados, no tuvieron más remedio que aspirar.

—Doctor, por Dios... que esto es demasiado! — se lamentó uno de ellos, viendo que el reconocimiento no llevaba traza de terminar. — Piense usted que trata con dos colegas a los que no tiene derecho a hacer padecer de esta manera, máxime no siendo nosotros los enfermos.

—¿Entonces quien es el paciente?—preguntó con la misma voz fingida.

—Es nuestro sobrino, que está arriba en su cuarto.

—Hagan el favor de traérmelo aquí, si es que se encuentra en estado de poder caminar.

Los dos tíos salieron en busca del joven y éste, mientras tanto, en unión de Lili, emprendió su camino con dirección al despacho del comprador del específico. Pero no había contado con un contratiempo muy grande. El policía escudado tras la puerta de cristales que daba al vestíbulo, vió qué al doctor se le había desplazado la barba bastantes veces durante el curso del reconocimiento y temeroso de que aquél hombre fuera un timador, cuando salió al jardín, intentó detenerle.

Como Carlos no había hecho aquello para ir a dar con sus huesos en la prevención, le pareció que dejarse coger era una cosa de pésimo gusto y comenzó a hacer funcionar sus piernas con tal agilidad que bien pronto se quedó el policía algunas docenas de metros detrás.

Carlos trataba en vano de dirigirse hacia el edificio en que debía consumar su proeza, a cuyas puertas esperaban impacientes los periodistas. Y como si el policía hubiera sospechado sus intenciones, siempre salía por aquel lado a cortarle la retirada. Avisados por éste, vinieron otros varios guardias en su ayuda y hubo un momento en que Carlos se consideró perdido de veras.

No obstante, su gran sangre fría, le salvó. Se metió por una escalera y llegó hasta el últi-

timo piso de cierta casa, desde donde comenzó a dar saltos de tejado en tejado, lo mismo que si tuviera alas en los pies. ¡La verdad es que aquellas carreras no eran para llegar a viejo!

Entretanto, los periodistas, se llamaban a engaño y el comprador del millón amenazaba con una campaña difamatoria, asegurando publicaria que el hijo del inventor del «Compuesto Lawson» tenía el corazón de gelatina congelada.

—¡Por favor... no se vayan ustedes, que Carlos llegará de un momento a otro!—suplicaba Lili—. Ha salido conmigo y ha dicho que tenía que hacer algunas cosas antes de venir... comprar no sé qué tonterías...

De sobra sabía ella que su amado se encontraba en un trance de los más apurados, pero tenía tanta confianza en él, que no dudaba un instante de que llegaría.

Por fin, los periodistas vieron a un hombre encaramado sobre uno de los postes de la luz que de un salto prodigioso se lanzó sobre uno de los balcones, salvando los tres metros de acera que mediaban entre el poste y la pared.

Una salva de aplausos coronó la proeza, que dado el punto de apoyo del saltarín, parecía de imposible realización. Acto seguido apareció un escuadrón de policías, que fueron subiendo de piso en piso con el ánimo decidido de atraparlo; pero daba la maldita casualidad de que cuando estos salían por los balcones del segundo ya Carlos alcanzaba los del tercero y así sucesivamente, de modo que pudo llegar antes que ellos a la terraza, salvando

los catorce pisos del inmueble, en medio de una ovación ensordecedora.

—¡Caramba con la demostración!—exclamó el redactor del «Dayli News»—este chico no tiene corazón... ¡Tiene una bomba pneumática!

Los tíos de Carlos habían llegado también al lugar del suceso, con las frentes impregnadas de un sudor frío, presos de mortal angustia, seguían los incidentes del escalo. Desde luego, podía asegurarse que padecían más que su sobrino, bastante más.

—Nada, señores, ante una prueba tan concluyente, queda cerrado el trato desde este instante—exclamó el comprador de los dos millones—. Suban a mi despacho que firmaremos la escritura y les pagaré ahora mismo.

—La escritura la firmaré yo, señor mío—interrumpió Carlos—. Mis tíos no tienen nada que ver en este asunto y el dinero lo tomaré yo en persona.

—Comprende, querido, que somos tus administradores—exclamaron los dos a una, deseosos de agarrar los dólares que ya pensaban no soltar más.

—Yo no necesito más administrador que la señorita Lili, aquí presente. Ella será la que se encargará de administrarlo y... de gastarlo si es preciso, ¿verdad muñeca?

Estrechamente abrazados penetraron los dos enamorados en el ascensor. El botones, al bajar, decía que les había oído disputarse porque Carlos quería que la boda fuera a gran tren, con más de quinientos invitados, mientras que Lili, sostenía que con los treinta parientes y amigos más próximos había más que suficiente.

—¡No se ha buscado mala administradora, su sobrino!—dijo uno de los periodistas, dirigiéndose a los tíos que echaban espuma por la boca, jurando y perjurando que Carlos era el colmo de la ingratitud.

*No deje de comprar se-  
manalmente*

# PELÍCULAS

*la única novela cinemató-  
gráfica que publica los ar-  
gumentos de los films más  
importantes y de más pal-  
pitante actualidad*

